



Discurso de clausura del acto

FELICIDAD RODRÍGUEZ SÁNCHEZ
Directora de la Real Academia Hispano Americana

Excmas. e Ilmas. autoridades civiles y militares, Excmos. e Ilmos. Sres Académicos, Sras. y Sres:

En mi primera intervención pública como Directora de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras, sean mis primeras palabras para agradecerles su presencia, lo que nos honra y destaca la relevancia de este acto solemne con el que recibimos a nuestro nuevo académico, el Excmo. Sr. D. Agustín Rosety y Fernández de Castro, acto en el que tenemos el honor de que nos acompañe el Presidente del Instituto de Academias de Andalucía, el Excmo. Sr. D. Benito Valdés.

Y un especial agradecimiento a nuestro recipiendario, por las responsabilidades que asume con el ingreso en esta centenaria institución que se enfrenta hoy a innumerables retos y no pocas dificultades. Para la Academia es un honor poder contar entre sus miembros con el general Rosety, y buena muestra de lo justificado de ello es el magnífico discurso de ingreso que acaba de pronunciar en este salón que la Excma. Diputación ha tenido la amabilidad de poner a nuestra disposición.

Nuestro nuevo académico nos ha retrotraído 200 años en la flecha del tiempo para situarnos en momentos cruciales de nuestra historia común, el de las luchas de independencia hispanoamericanas. En un mes de febrero de hace 200 años, el de 1819, quedaba instalado por Simón Bolívar, en su condición de Jefe de los Ejércitos de Venezuela y de la Nueva Granada, el que representaría el Segundo Congreso Constituyente de la República de Venezuela, en la ciudad de Santo Tomás de la Nueva Guayana en la Angostura del Orinoco –¡qué nombre más hermoso!–, hoy Ciudad Bolívar, una denominación realmente histórica.

Doscientos años después del Congreso de Angostura, y de la independencia de Venezuela, nuestros pensamientos están, como no podía ser de otra manera, con nuestro pueblo hermano, en estos momentos críticos de reivindicación democrática. Y, muy especialmente, con nuestro académico correspondiente venezolano, hoy residente en Florida, el insigne jurista, escritor y político Don Asdrúbal Aguiar Aranguren, un magnífico representante venezolano de la Real Academia Hispano Americana que se

sumó, en el 2014, a la ilustre relación histórica de figuras como Lisandro Alvarado, Felipe Tejera, César Zurueta y un largo etcétera. En el último número de nuestra *Revista* (n° 8, de 2018) pueden encontrar ustedes un magnífico artículo suyo sobre “Los Orígenes del pensamiento constitucional venezolano en la investigación de Pedro Grases”, en el que nuestro Académico señala cómo en el convulso contexto político que va de finales del siglo XVIII al siglo XIX se perfilan claramente las tensiones entre un idealismo democrático y una tentación autocrática dictatorial que llega a nuestros días, reiterando –y nosotros con él– nuestro apoyo al pueblo venezolano y nuestros mayores deseos de que la cooperación académica se pueda desarrollar en un marco de democracia y libertad.

Nuestro nuevo académico nos ha relatado hoy, en su magistral discurso, las campañas del Ejército de Tierra Firme, esa expedición que partiría precisamente de Cádiz en otro mes de febrero, el de 1815, como respuesta a la declarada Guerra a Muerte. Y, especialmente, nos ha reivindicado la figura del jefe de la expedición, una figura muy controvertida y, realmente, muy superficialmente conocida. De lo que no hay dudas, y así lo reconocen defensores y detractores, es del genio militar de ese infante de Marina que tan bien nos ha relatado hoy otro infante de Marina. De humilde soldado raso, alistado a los 13 años, *** a ganarse los galones de Teniente General.

Tuvo que ser curioso ese encuentro entre Morillo y Bolívar que sellaría la historia de la independencia venezolana. Ese encuentro entre el campesino zamorano con sus galas militares ganadas a pulso y el aristocrático criollo a lomos de una humilde mula. Una figura, la del Pacificador, muy poco conocida y que, con sus fallos y virtudes, también arrostra sus propias leyendas negras. Sin ningún tipo de base histórica ni documental se le adjudicó –lo que hoy consideraríamos un plagio– la frase del juez francés que mandó a la guillotina a Antoine de Lavoisier, “La Republique n'a pas besoin de savants”, sustituyendo La Republique por España. Cierto es que ordenó el fusilamiento del ayudante de nuestro José Celestino Mutis, Francisco José de Caldas, y de otros ilustrados en el marco de un momento histórico cruento. Todas las guerras lo son. Y por ambos lados. Jorge Cardona señalaba que “Unos historiadores hablan de 96 condenas de muerte, otros de 125 ilustres ejecutados”. El baile de cifras refleja la falta de registros de rigor durante una etapa de guerra en la que ambos bandos desplegaron su dosis de crueldad. El profesor de la Universidad Nacional de Colombia Fabio Zambrano ha destacado que la historia suele omitir que Morillo era, realmente, un hombre de pensamiento moderno, algo que no cuadra con el perfil que se ha trasladado de él. Zambrano lo describe como liberal y masón como Bolívar pero, al mismo tiempo, extremadamente fiel al seguimiento de las órdenes recibidas. Y, además de esa posible contradicción entre lo que creía y lo que debía hacer, también Morillo estuvo sujeto a los vaivenes políticos españoles de la época, que le otorgaban y quitaban poder según no se sabe bien qué criterios. En definitiva, un genio militar sobre el que se sabe realmente poco. De ahí nuestro agradecimiento a nuestro académico por darnos luz sobre esta figura tan desconocida y, aparentemente, tan contradictoria. Agradecimiento que quiero extender al Prof. Sánchez Saus por su magnífico discurso de contestación a nuestro recipiendario.

No es costumbre en un acto de ingreso, ya iniciado el curso académico, hacer referencia a cuestiones que afectan al desarrollo de la Academia. No obstante, y por haber asumido muy recientemente la responsabilidad de su Dirección, permítanme que les exprese algunas reflexiones y consideraciones. La responsabilidad que he contraído implica el deber de ser fiel a la confianza que la Junta General ha tenido a bien depositar en mí,

con el compromiso de defender las decisiones de nuestros órganos de gobierno. Me esforzaré en cumplir el cargo con la mayor dedicación, correspondiendo al honor que se me ha otorgado y con la aspiración de ser digna sucesora de los directores que me han precedido en el cumplimiento de las misiones que la Real Academia tiene encomendadas.

En primer lugar quiero agradecer al Excmo. Sr. D. Manuel Bustos, y a todos los miembros de su Junta de Gobierno, todo el ingente trabajo realizado, en unos momentos, además, complicados, tanto en plano financiero (pero esto es ya habitual) como en lo que se refiere a la ubicación de la sede de la Academia y de su biblioteca, problemas aún pendientes de resolver. Un agradecimiento que quiero extender a los anteriores directores, en ese camino sin solución de continuidad que ha hecho posible la existencia y el mantenimiento de nuestra Real Academia.

En algunos sectores parece existir la idea de considerar a las Academias como meras asociaciones culturales. Pero las Academias son mucho más, aunque esa impresión pone de manifiesto un gran desconocimiento sobre lo que son y lo que hacen nuestras instituciones. Quiero recordar, en este sentido, que la Ley Moyano reorganizó, al mismo tiempo, las Universidades y las Academias y que, cuando se creó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, éste fue asignado nominalmente al Instituto de España. Unas Reales Academias que figuran en el artículo 62 de la Constitución española bajo el patronazgo de la Corona.

Y quiero recordar también que, entre sus fines fundamentales, están los de la investigación y el estudio al más alto nivel, o el asesoramiento experto a cuantos organismos así lo soliciten. Obviamente, los actos públicos tienen una faceta de extensión y difusión cultural, pero es necesario resaltar que el nivel de esta faceta, que no es la única de que tienen las Academias, es, y debe ser, el que corresponde a unas entidades que representan la excelencia en los diversos campos de las ciencias, las artes y las humanidades.

En el caso de la Real Academia Hispano Americana, una Academia de carácter nacional, esos fines y misiones se concretan en el ámbito de la cooperación académica y científica con Hispanoamérica. Y en esta misión seguiremos esforzándonos, alentando el trabajo generoso y desinteresado de todos los miembros, numerarios y correspondientes, de este y del otro lado del Atlántico, de la Real Academia Hispano Americana. La programación, ya aprobada, para este curso tiene esa vocación y en ella seguiremos insistiendo. No olvidamos el papel crucial que para la Real Academia tienen nuestros académicos destacados en los países hermanos, que ostentan, además, nuestra representación y que con sus trabajos difunden el nombre de la Real Academia y, por consiguiente, la marca España, en sus respectivos países. No olvidamos tampoco la colaboración con las Academias hermanas, españolas e hispanoamericanas, que seguiremos impulsando, como también con las Universidades, españolas y americanas.

Como les decía, nuestros académicos hispanoamericanos son nuestros mejores representantes en sus respectivas universidades y, prueba de ello, los magníficos artículos de profesores de las más prestigiosas universidades publicados en nuestra *Revista*, tan excelentemente dirigida por nuestra vicedirectora, Ana Sofía Pérez-Bustamante. Una revista que está presente en las principales bases de datos bibliográficos y portales de revistas especializadas y que, cada vez, incrementa más su prestigio.

Este deseo de colaboración con la Universidad es obvio, teniendo en cuenta, como nos recordaba el que fuera presidente del Instituto de España, catedrático y decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Complutense y Académico de esta Real Academia, Salustiano del Campo, el amplio campo de tareas que tenemos en común, aunque, desgraciadamente, no hayamos acertado todavía a aprovechar bien las sinergias que podríamos engendrar. Una colaboración deseada por esta Real Academia, habida cuenta los múltiples objetivos que compartimos y, además, la doble condición, como Académicos y profesores universitarios, que reúnen en sus personas una parte importante de nuestros miembros. De hecho, los últimos seis directores de esta Academia han sido, o son, profesores de la Universidad de Cádiz. La Academia nació muy vinculada al mundo universitario y la vocación de universalidad se refleja en nuestro propio emblema. De ahí nuestro deseo de ofrecer nuestra colaboración a todas aquellas entidades e instituciones con vocación de universalidad y, muy especialmente, a la Universidad.

No puedo, finalmente, dejar de expresar nuestra preocupación sobre la ubicación de nuestra sede y de nuestra biblioteca, a raíz del acuerdo entre el Excmo. Ayuntamiento y la Universidad de Cádiz. No nos gustaría que la ubicación de una sede académica de proyección hispanoamericana y de una Biblioteca especializada, con unos fondos americanistas importantísimos y con un patrimonio de unos 2.500 títulos y unos 4.000 volúmenes, entre libros, revistas, folletos, documentos y opúsculos, algunos de inestimable valor, fuera objeto de polémicas que nada tienen que ver con el ámbito académico en el que desarrolla su labor nuestra institución.

Es cierto que nuestra Academia y nuestra Biblioteca han sufrido múltiples vicisitudes a lo largo de su historia, desde la propuesta en 1931 por parte del gobierno, mediante Decreto, del traslado a Madrid, lo que no se ejecutó por falta de fondos. Desde 1918 la Academia tuvo su sede en el Museo Iconográfico de las Cortes de Cádiz, museo del que fue Conservadora por delegación municipal. En 1943 la Academia se ve obligada a abandonar el edificio: allí quedó la espléndida colección bibliográfica y la biblioteca académica. No pocos de aquellos volúmenes desaparecieron. Cuanto en la década de los 50 los fondos bibliográficos se convirtieron en una carga, se trasladaron al Casino Gaditano, donde, embalados, permanecieron más de treinta años.

Fue nuestro antecesor, el director de la RAHA D. Antonio Orozco, por cierto catedrático también de la UCA, el que, ante los problemas del edificio del Casino, logró salvar esa biblioteca acogiéndola en su propia casa, impulsando, además, la catalogación de los fondos, que fue realizada por los profesionales de la Biblioteca Municipal Celestino Mutis, donde permanecieron hasta su traslado, que creíamos definitivo, al Centro Cultural Reina Sofía en el 2006, donde hasta ahora está ubicada nuestra sede y donde, actualmente, nuestra académica Bibliotecaria, Dña. Rosario Martínez, está llevando a cabo, en estos momentos de incertidumbre, una gran tarea de revisión de fondos y archivos. Una peripatética historia la de esta Academia y la de su biblioteca americanista que parece no tener fin.

Pero estamos en otros tiempos. Estoy segura que las instituciones involucradas en la reorganización de los espacios académicos de nuestra ciudad tendrán la sensibilidad patrimonial, cultural y universal necesaria, como no podría ser de otra manera, para permitir que la Real Academia pueda realizar, en condiciones idóneas, sus actividades académicas e investigadoras de proyección internacional, y para que la Biblioteca ocupe el sitio idóneo, tanto para su adecuada conservación física como para servir a los

objetivos para los que se creó. Por nuestra parte, solo resta añadir que la Real Academia siempre estará dispuesta a colaborar en la consecución de esos objetivos con todas las instituciones que comparten con nosotros esa misión científica y de colaboración académica internacional como forma de proyección de España y de Cádiz en Hispanoamérica.

Muchas gracias

*Salón del Claustro del Palacio de la Diputación Provincial
Cádiz, 4 de febrero de 2019*